

CAPÍTULO XV.

De los primeros navios que llegaron a las costas de Chile, socorro de los soldados, rebelion de los indios y guerras con el cacique Michemalongo.

Socorro del primer navio y mas cincuenta mil pesos de ropa que compró Valdivia.—Alzanse los indios.—Matan en Maule a los Españoles de un navio perdido.—Embía a reconocer el Estrecho.—Acomete Valdivia con sesenta hombres a un fuerte de tres mil indios.—Pelea solo Valdivia y mata gran multitud.—Alcanzan victoria.—Ríndese Michemalongo, ofrece sus mujeres y media fanega de oro.—Ofrece a Valdivia minas de oro y no las acepta.—Previénese para sus traiciones.—Alza Michemalongo los indios con un razonamiento.—Cercan la ciudad y matan la gente de servicio y al mexor amigo.—Procura Valdivia quietarles y no lo consigue.—Acomete a los fuertes y véncelos.—Vuelven a tratar de paz.—Exortacion de Valdivia a los caciques presos.—Responden tibiamente.—Vuelve a convocar gente Michemalongo.—Sabe de las mujeres quanto trazan los Españoles.—Alcanza sus designios Valdivia.—Trata de ir a buscar al enemigo.—Traicion que urde Quilacante.—Descubre la traicion y retirase.—Dispone quien guarde la ciudad y salir al encuentro de Cachapoal.—Sale al encuentro de Cachapoal y huye el bárbaro.

Con la buena nueva del primer socorro que se vió en Chile y la que traxo el capitán Pastene de como venia por tierra el teniente general Alonso Monroy con setenta soldados de a caballo, gente escogida y noble que de su voluntad se avian ofrecido a venir a la conquista, fué grande el aliento que los soldados cobraron y mucho mayor quando vieron a su General Valdivia, tan noble y liberal con ellos, que no solo les repartió quanto el Virrey les embiaba, sino que con cincuenta mil pesos de oro compró quanta ropa y mercaderias traian los navios y toda se la dió a su gente sin reserbar cosa para sí; con que olvidados de los trabajos passados se ofrecian a otros nuevos, y mas con tan buena ayuda de soldados como traxo Monroy y tan buena caballeria.

Con la ocasion de este nuevo socorro de gente española se alteraron los indios, o por perder la esperanza de poder echar de la tierra los que avia, viendo que se aumentaba su poder, o por probar si eran tan briosos como los primeros; y sabiendo Valdivia que los de la Angostura y Promocaes hacian junta para venirle a acometer a Santiago y arrancarle lo que habia sembrado, quiso ganarlos por la mano y salirles al encuentro, y por no haverse juntado fuerza de gente halló poca resistencia y fué empeñándose hasta llegar a Maule, donde jamas avia llegado. Allí supo como en aquella costa andaba un navio sobre aguada que aviendo venido del Perú con ropa y mercancias a la fama del oro de Chile, aviéndole sobresaltado un furioso norte, con obscuridad y neblinas que le encu-

brian la tierra (por ser hibierno), avia zosobrado y dado al traves; y que aviendo salido la gente a tierra, los indios naturales de aquella ribera del Maule los avian degollado a todos inhumanamente y hecho con ellos lo que poco ha hicieron en Cunco con el Capitan Legiña y treinta españoles, que aviendo dado en aquella costa el navio que traia socorro a Valdivia, los degollaron a todos. Fué el Gobernador don Pedro de Valdivia al lugar del navio perdido, por certificarse del casso, y vió las reliquias dél, y halló algunos mestizos y indios del Cuzco que avian venido en el navio y escapádose del furor de los indios en los huecos de las peñas, y de alli salian a mariscar y se volvian a esconder. Recoxiólos y supo de ellos el casso. Sintió como era justo la pérdida del navio y mucho mas la de la gente, y aunque entónces se volvió a Santiago, propuso de hacer alli un fuerte para castigar y sujetar aquella gente, como despues lo hizo, y los sujetó de modo que no volvieron mas a levantarse.

Vuelto a Santiago, y considerando como poco antes avia llegado al puerto de Valparaiso la capitana del obispo de Placencia, y passado luego al puerto de Arica y del Callao, y que avia echo su viaje desde España por el estrecho de Magallanes, deseoso de saber la facilidad de ese viage y ver si por ay podia él tambien intentar enviar al Emperador nuevas de la conquista de Chile y solicitar socorro de gente española, embió al capitan Juan Pastene a que reconociese el Estrecho de Magallanes, los puertos y entradas, como lo hizo, de que se dió por bien servido el Emperador, como consta de sus Reales cédulas.

Junto con Juan Bautista Pastene embió en otro navio a Jerónimo de Alderete,

persona muy noble y de grandes servicios. Navegaron hasta ponerse en parage de 41 grados, en un puerto a quien dieron nombre de San Pedro. Alli tomó Alderete posesion en nombre de su Magestad de aquella tierra, y con grande relacion y noticia dió la vuelta y supo Valdivia lo que le quedaba por conquistar, y aunque no passaron los dos navios el Estrecho, reconocieron el passo y fueron los primeros navios que deste mar del sur llegaron a él.

Aviendo el Gobernador Don Pedro de Valdivia socorrido su gente y dispuesto las cosas de la mar, trató de componer las de la tierra y de salir en vusca del enemigo, y principalmente del cacique Michemalongo, que habia alborotado la comarca y avanderizado los indios. Tenia echo en Aconcagua un fuerte de Algarrobos y espinos, muy gruesos y agudos. Salió con sesenta hombres bien amunicionados, fué derecho al fuerte, y aviéndole reconocido en torno, admirado de ver su fortaleza y anchura, no desmayó su gran valor, antes con osadia estraña, reconociendo por donde poderle entrar, mandó apearse sus soldados, y assaltando él delante de todos, con la espada desenvainada y una darga embrazada, entró el primero en una gran plaza del fuerte, en la qual avia tres mil bárbaros juntos, todos de pelea, bien armados y prevenidos de lo necesario para la batalla. Y como los christianos españoles vieron el esfuerzo y el exemplo de su capitan, assaltaron el fuerte en su seguimiento y acometieron con valor a ellos; y los indios resistiéndose y defendiendo su fuerte y sus personas pelearon grande espacio de tiempo, dando muchos golpes y heridas; y estando la batalla en su furor, sin declinar a parte alguna, Don Pedro de Valdivia, deseando mostrar a sus soldados exemplo

tal, que imitándole venciesen con brevedad, adargado y estimulado de su gran valor, se metió tanto por entre los enemigos que vino a hallarse perdido de los suyos. Los bárbaros, viéndole solo, procuraron cercarle y coxerle a manos vivo; él, viendo que en el menear de la espada y en la destreza de su brazo consistia su vida, la de su gente y el credito de la nacion española, comenzó a ofenderles y a defenderse de sus flechas, lanzas y macanas, con tan gran valor, que sin hacer caso de las heridas que le daban ni de la sangre que por el rostro le vertia, no cessó un punto de derribar y matar indios, haziendo tanta plaza y un monton de muertos tan grande en ella que fué admiracion. Los enemigos, con deseo de darle la muerte y encarnizados contra él por la carniceria que de los suyos avia echo, volvieron a animarse los unos a los otros, que a cerrar contra él, apuntándole al pecho con grande lluvia de flechas, dardos y lanzas arrojadas; mas los españoles, aunque estaban muchos heridos y avian vendido su sangre a costa de muchas vidas de bárbaros, hallando a su capitán menos, cerraron con los indios y apartándolos y abriendo calle llegaron donde el valeroso General estaba solo, y viéndole el rostro bañado en sangre se enfurecieron en su ayuda y defensa, y recibiendo el General alegre y cortesmente, loando el valor que en todos avia reconocido, sin hacer caso de lo que él avia hecho, viéndose señores del campo, les daba mil parabienes y se alegraba de verlos vivos y victoriosos de tanta multitud, y cantando victoria quedaron señores del fuerte, y los indios confusos y espantados de ver que tan pocos españoles ubiessen muerto tantos y amedrentado a los demas.

El cacique Michemalongo, viendo su perdicion y los españoles encorporados

con su General y determinados a darles otra embestida y seguir la victoria, anticipóse a hablar a Valdivia y díjole: que mandasse a los christianos que no peleassen mas, que él mandaria lo mismo a su gente. Hizo el esforzado General lo que pidió el bárbaro, por ver si ya castigado le podia traer a su obediencia y sujetarle a la de su Rey. Y puesto en sosiego el cruel combate, Michemalongo le rindió las armas y mandó a sus vasallos rendidos que hiciessen lo mismo. Y entrando a Valdivia en otra plaza donde tenia sus hijas y mujeres y las de sus soldados, le dixo: que allí tenia todas aquellas captivas para que le sirviessen, que suias eran, pues con el valor de su espada los avia vencido a todos. Hízole traer allí, de mas de eso, dos grandes talegos de oro en polvo, que harian como media fanega de nuestra medida, y ofrecióselos en señal de vasallage y rendimiento; mas el Gobernador Valdivia, con grandeza de animo y mostrando desinterés, le dixo: que no queria su oro, ni sus mujeres, ni hijas, ni consentiria que ningun soldado las ofendiese; que no deseaba dél sino que fuese vasallo de su Magestad, y que si no se hubiera rebelado y conspirado su gente no le ubiera acometido ni echo tanta mortandad; pero que supiesse que a los desobedientes los savia castigar con el rigor que avia experimentado, sin que sus bárbaras fuerzas le pudiessen ofender ni matar uno de sus soldados, como los via allí todos vivos, con muerte de tanta multitud de los suios, que pasaron de quinientos. Bien que despues, haziendo reseña de los soldados, se halló aver muerto uno de un flechazo en la garganta.

Michemalongo prometió vasallaje y todo rendimiento a Valdivia, que asegurándose en el fuerte con sus soldados estuvo allí veinte dias curándose de las heri-

das y curándolos a todos, sirviéndolos Michemalongo y su gente, con muchas muestras de fidelidad y traiéndoles quanto regalo podian de sus tierras y sementeras. Y aviéndole ofrecido el bárbaro a Valdivia ricas minas que tenia en sus tierras y su gente para sacarle oro, le respondió: que no trataba de vuscar oro sino de pacificar la tierra; que viviesen él y su gente en quietud y obediencia de su Magestad, que esse era el mayor servicio y la maior lisonja que le podia hacer, que de las minas tratarian despues. Y dexándolos en paz, se volvió a la ciudad de Santiago, y recelándose de la poca constancia de los indios, mientras estaban por amigos recojió gran cantidad de comidas para hallarse prevenido para sus traiciones y revueltas, que experimentó presto.

Porque Michemalongo, como era de espíritu levantado y trabieso, convocó a Tongolonco, cacique poderoso, y a otros de veinte leguas al rededor; embió mensajeros a Cachapoal, cacique de los promo-caes, pidiéndole socorro, y a todos juntos les dixo: "No penseis que los españoles son inmortales: ya emos visto en varias ocasiones que mueren como nosotros; animémosnos, y pues son tan pocos y nosotros tantos millares, acabemos de una vez con ellos, que la sangre que derramé en mi fuerte, aunque la tengo fuera de mis venas, me está solicitando a la venganza.

"Si a los principios no se remedia el mal, despues viene a crecer de suerte que se hace imposible el expelerle; aora antes que estos españoles crezcan y se arraiguen mas en nuestras tierras, es facil el arrancarlos y el echarlos, y si lo dexamos para despues, que crezcan en fuerzas y echen mas ondas raices, nos será imposible. Bien vistes los Ingas del Perú como se nos fueron entrando en nuestras tierras y las tropas que tras los primeros vinieron des-

pues; el trabaxo en que nos vimos con ellos, haciéndonos sacar oro de las minas, cabar las entrañas de la tierra y cargar con el sudor de nuestro rostro sus cargas: lo mismo van haciendo los españoles. No podeis olvidar la azequia que a nosotros y a los suios hizo abrir a fuerza de brazos el Gobernador inga en el Salto para sacar el agua y regar sus sementeras, lo que costó de trabajo y de sangre: pues despues de haber sudado en hacerla mucho tiempo, porque no se acabó para el dia que avia determinado que corriese el agua, hizo que corriese por ella sangre de cinco mil indios de los suyos y de los nuestros. No van derramando menos sangre de nuestra gente los españoles, que en mi fuerte corrian arroyos de la gente que me degollaron, y en otras partes ha corrido a rios. Demos en ellos, cerquémolos y mueran en su fuerte, y a todos los que salieren a escoltas y por leña, de la gente que les sirve, passémoslos a cuchillo."

Siguieron todos el consejo de Michemalongo, y haciendo sus ceremonias se juramentaron de morir en la demanda.

Hicieron luego los indios dos fuertes, uno en Lampa, a cargo del cacique Painelonco, y otro en Colina, a cargo de Quilecante, indio del Perú, belicoso, que ayudaba a los naturales de la tierra contra los españoles y desde alli hacian acometidas a la ciudad de Santiago, y puestos en emboscadas coxian y mataban la gente de servicio de los españoles que salian por escoltas de leña y de yerba, apretándoles mucho y causándoles grave sentimiento, y lo que mas pena les causó fué el ver que degollaron al cacique Loncomilla, fiel amigo de los españoles y el primer amigo que en Chile tubo el exercito español y el mas constante en su fidelidad.

Procuró Valdivia con mensajes sosegar

los ánimos alterados de los indios, y viendo que estaban obstinados y que por bien no querian quietarse, salió impaciente a tantos agravios, y generosamente osado con su poca gente acometió de improviso a los dos fuertes de Lampa y de Colina, y dándolos assalto, los entró matando, hiriendo y poniendo en huida quantos en ellos avia, con la presteza con que las voraces llamas de un volcan que revienta y abrasan quanto por delante encuentran. Assi aquellos fogosos españoles, reconcentrando enojos en su pecho, reventaron impacientes y no hubo quien hiciese resistencia a su furor ardido. Prendieron muchos indios y entre ellos algunos caciques, indias y niños, y cargados de estos despojos se volvieron a la ciudad de Santiago, con asombro de los indios y temor de toda la tierra, de modo que quando los españoles fueron menos se mostraron mas osados y hicieron mas heroicas hazañas y se dieron mas a temer y respetar de los barbaros, que no dexaban de resistirse ni de pelear, y ahora se lisongeaban con dezir que no eran soldados.

Vueltos a la ciudad, dieron gracias a Dios por el buen suceso que abian tenido sin perdida de ningun español; pusieron en cobro los presos, y aviendo cogido entre ellos a Quilacante, le trató benignamente, y como a persona tan principal le hizo muchas honras para obligarle. Los indios, viendo quan mal les avia ido con el consejo de Michemalongo, se volvieron contra él, y llorando los unos los parientes, los otros las mugeres y los hijos, muertos unos y captivos otros, y el verse sin pueblos, sin sosiego ni sementeras, trataron de dar la paz y de volver a la amistad de los españoles, y fueron y vinieron mensajes de una y otra parte, y porque pedian luego que les diessen los presos, aunque se les prometió, no se los

dió luego, por hacérselos desear y que se confirmassen mas en sus deseos de estar en paz. Consoló a Quilacante y a los demas caciques, prometiéndoles darles libertad y diciéndoles que hablassen a su gente y les persuadiessen a ser firmes en la obediencia de su Magestad, y les representó los trabajos en que se vian en aquella prision, las muertes que avian ocasionado de los mismos suyos por sus inquietudes; como ni él ni sus españoles, las avian pretendido ni causado; que no deseaban sino su quietud y sosiego, con el bien de sus almas; que conociesen a Dios y le adorassen; que fuessen christianos y gozassen de la gloria que tiene Dios en el cielo para todos los hombres, y ellos por su culpa la perdian por no quererse sujetar a la fee y a la ley de Dios; que no pensassen acabar ni consumir a los españoles, que tenian a Dios de su parte, señor del cielo y de la tierra, Dios de las batallas y de infinito poder, para ayudarlos y sacarlos libres del furor de sus armas y de la multitud de sus soldados; y que bien lo avian experimentado con su daño, pues tan pocos españoles avian vencido en tantas batallas a tantos millares; y que aunque le avian muerto algunos en Quillota, en el barco y en otras ocasiones, que esos mismos muertos peleaban en su ayuda con sus oraciones delante de Dios y pedian venganza de su sangre, que alevosamente les avian derramado y contra toda razon, pues les venian a traer el bien de sus almas, el conocimiento del Dios verdadero y a conservarlos en paz y en policia.

Respondieron los caciques que bien conocian quanto les importaba el estar de paz, que ellos no avian tenido la culpa en el alzamiento ni avian sido sabedores dél (ordinaria excusa de los caciques, siendo ellos los que le trazan); que hablarian a

su gente y los procurarian quietar, aunque como eran tantos, de tan varias voluntades y tan poco sujetos a sus caciques, no sabian si se conformarian.

Michemalongo durante la prision de los caciques estaba en Aconcagua, y queriendo de nuevo tentar su fortuna hizo llamamiento de los parientes de los presos, y sabiendo que por sacarlos de prision y por los mensajes que desde allá les avian embiado persuadiéndoles a dar la paz estaban inclinados a ella y dar vasallaje al español, les hizo un eloquente razonamiento, disuadiéndoles del intento y provocándoles a tomar de nuevo las armas y sacar a sus parientes a punta de lanza, y acabar de una vez con los españoles. Convocó de su parte veinte mil indios, y Cachapoal por la suya otros veinte mil promoacs, gente belicosa y arrestada, que convocó hasta la ribera del Maule; y toda esta gente junta se fué informando de los intentos de los españoles y de la disposicion de su fortaleza por espías de mugeres de Quilacante, que con achaque y ficcion iban y venian con mensajes de paz y que entraban a la ciudad a ver y llevar de comer a su marido, preso, y se informaban de todo y daban quenta a la junta de quanto deseaba saber para su intento.

Todos estos tratos secretos llegó a saber el Gobernador Valdivia, en secreto, de indias tambien que tenia en la ciudad en servicio de los españoles, que como eran emparentadas con los enemigos, quanto sabian de ellos se lo revelaban en secreto a sus amos. Y enterado de los designios del enemigo, publicó que queria ir a dar sobre Michemalongo, autor de estas traiciones y caudillo de estas juntas, que estaba doze leguas de allí, y no siempre es bien declarar el General sus intentos ni donde ha de dar el assalto, porque aun teniéndolo mui secreto, lo viene a saber el enemigo, por-

que el que se vende por mas amigo nuestro nos vende y da aviso de los intentos, y si le da el amigo mejor le dará el enemigo. Como le aconteció en esta ocasion, porque Quilacante, el cacique inga preso, avisó en secreto, por via de sus mugeres, a Michemalongo y demas de esso urdió una traicion contra Valdivia: que fué embiarle a decir a Michemalongo que estubiese con cuidado, que él daria cuatrocientos indios a Valdivia para la jornada y les daria orden secreta para que en llegando a su vista se volviessen contra los españoles, y que él con su jente y con los cuatrocientos diessen de improviso en ellos y los matassen y diessen fin de ellos.

Esto tratado, fingiéndose Quilacante muy amigo de Valdivia y deseoso de sus aciertos, le ofreció cuatrocientos indios de sus vassallos para que le fuessen a ayudar a pelear contra Michemalongo, y sin saber la traicion los llebó en su compañía, marchando con ellos y con sesenta soldados españoles; mas en el camino le deparó Dios dos indios que sabida la traicion se la descubrieron, aconsejándole que no se alojasse en campaña, porque de improviso avian de dar en él los que le acompañaban y las demas tropas en la ciudad. Sabida esta traicion, dissimuló prudentemente y divulgando que ya no avia junta ni de que recelarse dió la vuelta a la ciudad de Santiago, y en el camino supo tambien como Cachapoal avia ya passado el rio Maipo con toda su junta de indios promoacs; y poniendo la ciudad en defensa y volviendo a amunicionar sus soldados, los animó con ardientes palabras a salir al encuentro al enemigo que le venia a buscar y presentarle la batalla con esfuerzo, fiados en Dios, que da las victorias, diciéndoles que la multitud de barbaros no les debia hazer desmayar, pues tenian experiencia de que pocos soldados españoles,

con su valor y valentia, desbarataban y vencian millares de barbaros cobardes; que lo mismo les avia de suceder, y escogiendo ciento y quatro soldados para llevar consigo, dexó setenta, y la mitad de la caballeria con su teniente, en la ciudad, para que si mientras él iba a dar la batalla a Cachapoal viniese a acometer a la ciudad Michemalongo, con su acostumbrado esfuerzo se defendiessen de él; y como estos soldados eran todo corazon, y su General un Marte español, pocos en numero se arrestaban a pelear con innumerables enemigos.

Salió con valiente determinacion, porque no le acobardasse el enemigo, ni le

acosasse, como hasta allí, sus escoltas, fiado en Dios, y en que no hai cosa como hacer rostro a este enemigo y acometerle primero para acobardarle. Y llegando al rio de Maipú, como Cachapoal vió la determinacion con que Valdivia le iba a buscar, temeroso de venir con él a las manos, se retiró con toda su multitud de gente seis leguas mas atras: Valdivia caminó hasta parecer ante sus esquadrones, que entonces, sus grandes tropas mal formadas, no daban cuidado a los españoles. Ya que les dió vista, dió la vuelta fingiendo retirarse, y con este fingimiento, caminó en pos de ellos hasta la noche, en la qual le quiero dexar, que luego diré lo que le sucedió (1).

(1) Toda la materia de este capítulo es enteramente nueva en la historia nacional, porque los cronistas antiguos se han limitado a simples indicaciones sobre los hechos principales, como el naufragio del Maule i el desastre de Michemalongo. Sin embargo, el padre Rosales adolece evidentemente de la exajeracion comun de la época al hablar de ejércitos de veinte mil hombres. Segun Pedro de Valdivia en sus cartas a Carlos V, no habia ni quince mil de ellos de Copiapó al Maule.



CAPÍTULO XVI.

Como los indios abrasaron la ciudad de Santiago, acaudillados de Michemalongo, y la pusieron por tierra, sin que lo estorvase la grande resistencia de los españoles; y la victoria contra Cachapoal de veinte mil indios Promocoes.

Año de 1541. — Viene una junta de diez mil indios sobre la ciudad. — Tiene aviso el cabo a media noche. — Pone su gente en orden y avisa a Valdivia. — Hace parlamento el enemigo. — Tocan arma los españoles. — Pegan fuego a la ciudad, año de 1541. — Pelean a la luz del fuego de las casas. — Pelea de unos y de otros. — Cogen los indios a doña Ines. — Recóbranla los españoles. — Procuran sacar los prisioneros y quemian la carcel. — Dalos muerte a todos doña Ines y arrójales las cabezas. — Ven dos españoles muertos y vuelven a acometer. — Sana de repente un español cojo, pelea y anima a los demas. — Dan un Santiago y alcanzan victoria. — Siguen la victoria los españoles. — Personas que se señalaron. — Inundacion de la ciudad. — Dan aviso a Valdivia. — Pelea con los promocoes y desvarátalos. — Trabajos que pasó la gente española por 4 años. — Hazen la guerra a los rebeldes de Quillota y bien castigados dan la paz.

Como Quilacante Inga llegó a entender que se sabia ya su maltrato, temiendo el castigo de Valdivia, que siempre el que peca teme y tiene por riguroso fiscal a su misma conciencia, variando en sus discursos juzgó escaparse dando aviso a Michemalongo de como Valdivia estaba ausente y lexos de la ciudad, y assi le embió algunos mensajes diciéndole que no perdiesse tan buena ocasion de acabar con los españoles y destruir la ciudad; que los que en ella avia dejado Valdivia eran viejos desarmados, sin municiones ni caballeria, y que si les daba un assalto de noche los coxia a todos descuidados, y en pegando fuego a la ciudad era todo suio; que él estaba dentro y tenia prevenido lo que avia de hacer en su ayuda. Michemalongo con este aviso salió a las voladas con diez mil indios, avisando a los demas que le fuessen

siguiendo y dando nuevos socorros, y sitiándose con la sombras de la noche una legua de la ciudad, en el Salto que llaman de Araya, para dar una alborada y coxer descuidados a los españoles, que aunque no lo estaban no sabian que tenian tan cercano el peligro, hasta que a deshoras de la noche llegó un indio y avisó al Teniente General como Michemalongo estaba con todas sus tropas alli cerca, esperando para dar sobre la ciudad al quarto del alva y ponerla fuego por las cuatro partes, y que lo avia sabido de un cacique principal, que no le podia mentir por ser hombre de verdad.

Oido esto, tocó al arma con todo silencio y apercibió su gente. Avia en la flaca ciudad solo seis arcabuzes y dos vallestas, cuarenta infantes y treinta y dos de a caballo, y alguna gente de servicio. A estos

encargó el cuydado de los indios prisioneros, y de la caballeria hizo cuatro cuadrillas, las dos encomendó al Maestro de campo Francisco de Villagra y Pedro Gomez de Don Benito, personas nobles y de conocido valor y experiencia; otra al capitán Francisco de Aguirre, bien señalado por su hidalguia y famosos hechos en esta conquista, y la otra tomó él para sí. Envió aviso a Pedro de Valdivia del peligro en que estaban, y como se vió empeñado en otro semejante a la vista de veinte mil indios, respondió que apretassen los puños, que assi haria él; y verdaderamente juzgó que Michemalongo no se moveria hasta ver los cuatrocientos indios que Quilacante le avia prometido en su ayuda fingiendo serlo en la nuestra.

¶ Acometió Michemalongo a la ciudad despues de haber hecho un parlamento animoso a sus soldados, en el qual les dixo, por fin y remate, que del despojo no queria mas que a Doña Ines Juarez, una hermosa dama que solo avia en la ciudad, y que todo lo demas fuesse de los aventureros, ordenando que dos horas antes del alba entrassen cuatro mangas; que las tres acometiessen a la plaza a quemar las maiores casas y la otra a la del General y a la carcel: acometieron con esta orden hasta seis mil flecheros y onderos con gran silencio y se pusieron con un capitán de Colina a la parte que les fué señalada para a la primera seña acometer por donde ahora es Santa Lucia, en cuya parte las centinelas españolas, que estaban vigilantes, sintiendo estruendo tocaron arma. Acudió luego la ronda, que fué don Pedro Velasco y Randona, hombre noble y de obligaciones (1). Este, passando a caballo una acequia a reconocer el ruido, dió (por hacer obscuro) con los enemigos, que

estaban tendidos por el suelo para disimularse mejor y no ser sentidos; mas como los vió tocó una arma viva y ellos se levantaron con un grande alarido y a sus voces respondieron por las otras partes, y todos a un tiempo entraron con furioso impetu y tropel, con tizonas en las manos pegando fuego a las casas, que como eran de paja levantaron luego la llama y se abrasó la ciudad a once de setiembre de 1541.

Fué con tanta turbacion y tumulto la entrada de tantos millares de indios, que Pedro Velasco, revolviendo tocando arma, le alcanzó de ellos el maior golpe, y sin conocerle por la obscuridad de la noche, le llebaron en peso, sin poner los pies en tierra, mas de doscientos pies de distancia, donde ya que se vió cerca de las casas mató a algunos a estocadas y se escapó, huyendo a incorporarse con su gente. Los españoles, a la voceria, subiendo a caballo y tomando cada uno su puesto, acometieron con gran valor con la luz del incendio de las casas, con la qual flechaban los indios a tiro cierto. Y como el número fuesse casi infinito en comparacion de los pocos españoles, estaban las calles tan llenas de enemigos que los caballos no los podian romper, y assi se sustentaban los unos y los otros, dando y recibiendo crueles golpes.

Aqui avia fuego, alli voces, aqui heridos, alli muertos, y todos deseando el dia; y quando el sol comunicó su luz, los españoles, encomendándose a Dios y invocando al Apostol Santiago, mostraron nuevos bríos y los barbaros nuevos esquadrones que les entraban de refresco, con que se avivó mas la batalla, y los españoles cobrando nuevos alientos y coraje iban siempre ganando tierra. Ardia la ciudad por

(1) Este caballero vivia en Santiago treinta años despues de estos sucesos y era rejidor de su cabildo.

todas partes y el humo y el fuego les impedía, sin poder remediar ni defender cosa de lo que dentro de las casas avia, ni tampoco hacian caso de la hazienda, poniendo todo su conato en lo que mas les importaba, que era defender las vidas y la reputacion. Los indios, discurriendo por las casas desamparadas de sus dueños, cogieron a doña Ines Juarez, que huyendo de las llamas salió con presteza de su cassa que se abrasaba; mas, viéndola los españoles en poder del contrario, teniendo por caso de menos valer que el enemigo le llebase una española que tenian, arrestándose a recobrarla, acometieron con gran denuedo a la tropa de indios que la tenia en medio, y rompiendo por todos, matando a unos y hiriendo a otros, la sacaron del poder de los barbaros.

Bien conocian los infieles el intento de los españoles, que avian hecho grandes dilijencias por sacarlos a lo raso para pelear campo a campo con ellos y derrotarlos; mas ellos hacian todo su poderio por no salir de la apretura de las calles, que les servian de defensa, y en ellas repetian su flecheria con tanta continuacion que casi cubrian el sol, y los otros con las piedras y lanzas no cesaban de combatir, ayudándoles los que traian macanas, toquis y coleos tostados y agudos, y dos mangas de indios que entraron de refresco acudieron a la casa donde estaban los indios presos, apellidando a los demas, para ponerlos en libertad. Pero los infantes que estaban en su guardia hicieron tan valiente resistencia a toda aquella canalla junta que no los pudieron entrar. Acudió en su socorro el Teniente General con su cuadrilla de ligera y viendo que el enemigo, no pudiendo ganar la carcel ni entrar en ella, la avia pegado fuego desesperadamente para que españoles e indios se abrasassen dentro, o por ver si huyendo los

españoles del fuego dejaban los prisioneros, mandó que matassen a los prisioneros porque el enemigo no tubiesse esa gloria y triumpho de librarlos de la prison, y dió la vuelta a donde lo llamaba la mayor necesidad. Y como Doña Ines se ubiesse recocado allí quando se vió libre del enemigo por mas seguridad y viesse que los españoles estaban embebecidos en pelear, sin poder dexar sus puestos ni acudir a matar los prisioneros como avia ordenado el Teniente General, tomó ella una espada y con extraño valor y varonil esfuerzo los fué matando a estocadas, uno a uno, sin dexar prisionero que no muriesse a sus manos, y haciéndoles cortar a todos las cabezas, a un indio Cuzco que allí estaba le mandó que las echasse fuera de la carcel, a la vista de los enemigos, que estaban pidiendo los presos y haciendo su poderio por sacarlos; con que rabiosos de ver las cabezas de los que pretendian sacar vivos de captiverio y que las calles estaban llenas de cuerpos muertos, sin mas ganancia que aver quemado las cassas, siendo ya medio día, trataron de retirarse.

Pero hallando al revolver de una calle seis caballos y dos españoles muertos, creció en ellos tanto el animo y les pareció aver alcanzado tan señalada victoria, que revolviendo las naciones a pelear y esforzándolos sus capitanes, con decirlos que los españoles eran mortales y que allí estaban ya algunos muertos y podian acabar con los demas si no resistian de la pelea, tornaron de nuevo a la batalla con maior furor y animo, acometiendo unos tras otros como las olas del mar, remudándose las tropas a hacer sus embestidas, peleando los españoles con animo intrepido, sin que en mucho tiempo se conociesse la victoria declaradamente por una ni otra parte. Los españoles no osaban a desunirse ni apartarse del sitio que avian tomado por fuer-

te, a donde tenían alguna ayuda de la gente de servicio. Y los indios, queriendo embestir, eran luego atropellados y muchos muertos y heridos, porque cada lanza hacia su efecto, y mayor por estar siempre unidos y en buen orden.

En medio de esta fuga, un español viejo y tullido llamado Andres Garcia salió de la cama y de su casa huyendo del fuego, y cogiendo una hacha pasó por entre los indios defendiéndose dellos y derribando a algunos, y el valor español, junto con el susto del fuego y del peligro que corría su vida, le expelió el humor y la envejecida enfermedad, hallándose de repente sano y con fuerzas para defenderse de tanto barbaro como le cercaba y para ofenderle, y rompiendo por entre todos ir a incorporarse con los demas españoles que estaban peleando, como salió de la cama, en camisa. Con la llegada del tullido Andres Garcia, de repente sano, y animados con verle pelear como un Cid, se esforzaron todos con la gente de servicio a dar un Santiago al enemigo tan furioso que desmayado de poder vencer se puso en huida, sin que sus capitanes pudiesen detener a las tropas que sin orden huían, y los españoles, aunque heridos, atrapados y sin fuerzas de tanto pelear, sacando fuerzas de flaqueza siguieron el alcance y la victoria, hiriendo y matando a muchos.

El Padre Lobo, Presbitero, salió en esta ocasion con un buen caballo que tenía, y apellidando victoria y diciendo Santiago y a ellos, y siguiéndole todos y apretando a Michemalongo y sus tropas, los echaron de la ciudad y de su contorno ya que el sol se ponía, haciendo en ellos tal matanza que siguiendo el alcance hasta que cerró la noche dexaron setecientos barbaros en las calles y en la campaña muertos. Quedó la ciudad toda robada y

hecha ceniza, y los españoles tan cansados de pelear todo el día que con la frialdad de la noche las heridas se les resfriaron, y como les fué forzoso estar en vela toda la noche porque el enemigo no revolviere y no tubieron con que curarse, fué grande el dolor que de ellas sintieron, que si los enemigos revolvieran sobre ellos no fueran poderosos a defenderse, porque hasta los caballos, sobre diez y siete que mataron, estaban rendidos y tales que del cansancio y las heridas no se podían menear. Murieron cuatro españoles por demasiado atrevidos y valientes, que fué gran pérdida en aquellos tiempos, y la de los caballos también la fué, así por la falta que hacían como por su estimación, que valía en aquel tiempo un caballo mil y dos mil pesos. Señaláronse todos los soldados en esta batalla y cada uno merecía lauro aparte, pero no es posible nombrarlos todos: solo digo que los mas nombrados entonces fueron los Maestros de campo Francisco de Villagra, Aguirre, Francisco de Avila, Marcos Veas, Diego Oro, Antonio Diaz y Alonso de Morales, hombre noble y valeroso que matando y hiriendo quebró este día tres espadas, y señalóse extrañamente también un negro.

Sobre los trabajos de esta noche y el día pasado les sobrevino otro, que como la ciudad está en llano y tiene muchas acequias que le entran del río, hallando como hallaron las calles llenas de cuerpos muertos, se revalzaron de suerte que inundaron la ciudad y la empantanaron toda.

Acabada con felicidad esta tan señalada victoria, dieron por ella los capitanes y soldados el día siguiente muchas gracias a Dios, y deseando saber de su General Pedro Valdivia se ofrecieron a ir en su busca y darle la nueva Marcos Veas y Giraldo Gil, que se hallaban menos heridos. Fueron con grande ánimo y no

menor riesgo de sus vidas, porque al pasar el Angostura los ubieron de matar los enemigos y por todas partes encontraban tropas de ellos.

Llegaron a donde estaba Valdivia y oida la nueva se alegró en parte del buen suceso y victoria de los suios y sintió la quema de la ciudad y los muertos, y sobre todo no aversse podido hallar en su ayuda; y como se via a vista del enemigo que le avia ido siguiendo, hallándole aloxado, logró la ocasion, y animando a los suyos a pelear con esfuerzo con el ejemplo de sus compañeros de la ciudad y a no ser menos en conseguir victoria de aquella multitud de barbaros, les dió el Santiago con tan grande animo y denuedo, favorecido de la luna, que entonces se mostró clara y serena, y como el impetu de los caballos y la determinacion de los españoles que consigo llebaba igualaba con el deseo que tenia de castigar sus atrebimientos, cada uno por el daño que avia recibido en las escoltas de su servicio y todos por el de su Dios y de su Rey, acometieron con tan buen animo y tales efectos hicieron sus acometimientos, que hasta las cuchillas de las lanzas saltaron de las astas, cansadas de abrir heridas y quebradas de matar indios. Pelearon a falta de las lanzas con las espadas, haziendo igual riza y mortandad en los barbaros, que no pudiendo resistir a la fuerza española volvieron las espaldas, siguiéndolos el valeroso General, hiriendo y matando, hasta la provincia de los Promocoes, porque no se volviesen a juntar, donde dejó fama para sí y materia gloriosa para las historias, pues tan pocos españoles, con extraña osadia, embestian con millares de indios, sin volver el pie atras ni desistir hasta ponerlos en huida. Ojala hiciessen assi la guerra en estos tiempos!

Volvió el gobernador Valdivia victorioso a la ciudad, y despues de aver dado gracias a Dios por los buenos sucessos de los suios contra Cachapoal y de los de la ciudad contra Michemalongo, no desmayó por verla quemada, sino que tratando de enterrar los muertos y de curar los heridos, dispuso luego su reedificacion, animando a sus soldados y dándoles muchas gracias por lo bien que avian peleado, abrazando con ternura y lagrimas a los heridos que afirmados en sus espadas le salian a recibir con indecible gozo y a darle parabienes de sus victorias y estremado valor. Reformó la ciudad lo mexor que pudo con todos los pages de servicio por no estar los soldados para trabaxar. Y mandó sembrar un quartillo de trigo que solamente se avia escapado del fuego, por que no se perdiessse la semilla del de que se coxió, para conservarle, y se multiplicó en la abundancia que ahora se vee. Escapáronse tambien del fuego un gallo y una polla, un berraco y dos hembras, de que procedió la multitud de gallinas y animales de cerda que ay en este Reyno. Arábase entonces con los caballos ensillados y enfrenados y sembraban algun maiz y legumbres que entre los indios rescataban.

Y los trabajos que en aquellos tiempos passaban de ambre y desnudez, por avérseles quemado toda la ropa y el sustento, fueron indecibles, porque en cuatro años no quisieron sembrar los indios porque los españoles pereciessen de hambre y no fuessen a sus tierras a vuscar el sustento, passándola ellos tambien por acabar a los españoles. Y todos esos cuatro años andubieron los soldados desnudos, descalzos y sin sombreros, que ni aun trapo tenian de que hacer una montera. Era tal el hambre que comian achupallas, raizes, chicharas, y de los pocos perros que avia, despues de haverlos muerto para comer,

robaban los pellexos, con que algunos hazian calzones y jubones para cubrir sus carnes. Hizo Valdivia de su casa un fuerte donde se aseguró todo el pueblo (1).

Y mientras hizo el fuerte ordenó que Francisco de Villagra y su primo Pedro de Villagra, personas de gran valor y experiencia, hiciessen la guerra con dos compañías a las vecinas comarcas, por ver si dando la gota en la piedra se ablandaba. Amonestó primero a los caciques obstinados que era buena la paz, buena su amistad y buena la obediencia a Dios y al Rey, y viéndolos rebeldes y endurecidos, despachó estos dos capitanes, que hicieron de trasnochada algunas entradas, y una a los terminos de Quillota, de donde trajo los caballos que avian quitado los indios a los 18 españoles que mataron en las minas y fabrica del barco, y assi mismo mucha gente presa y comida con que se sustentaban los de la ciudad. Y por redimir sus presos vinieron muchos a dar la paz y echaron la culpa a Michemalongo y a Tangolongo, su tío, a quien a pocas salidas captivaron. Michemalongo, conociendo sus

desgracias, se desnaturalizó de la patria por no obedecer ni dar la paz, passándose de la otra banda de la cordillera nevada, a donde, viéndose pobre de parientes y amigos y obligado a servir, se lamentaba diciendo: Ayer me vi señor y respetado, y oy me veo pobre y sirviendo, despreciado en tierra ajena; mejor me fuera aver obedecido a los españoles y ser señor que verme en esta vaxa fortuna. A Tangolongo su tío, en castigo de averse rebelado, se le cortaron los medios pies y diósele la vida porque de nuevo prometió de jamas rebelarse, como lo cumplió, aunque de secreto no dejaba de dar algunos consejos de desleal. Compadecido Valdivia de verle cortados los medios pies, le dió un caballo en que andubiesse y siempre le advertia mirasse no recayesse, porque le costaria la vida la recaida. Con la prision deste y con la ausencia del sobrino y las pasadas victorias, todos los potentados que avia hasta Coquimbo vinieron voluntariamente dando la paz y quedó la ciudad de Santiago triunfante y señora de todos sus contrarios.

(1) Este fuerte ha sido siempre para nosotros la plaza de armas o por lo ménos parte de ella. Este pasaje lo confirma.

CAPÍTULO XVII.

Con la paz saca Valdivia sesenta mil pesos de oro en ocho meses. Embia con ellos al Perú por socorro de gente y ropa. Conquista a los Promocoes. Puebla la ciudad de la Serena y socórrela. Encomienda los indios hasta Maule, y passa venciendo y conquistando hasta Penco y Biobio.

Año de 1544.—Fortifica a Quillota y labra las minas. — Saca en ocho meses sesenta mil pesos de oro.—Despacha con el oro a traer gente y ropa del Perú, y un embajador al Emperador.—Hacen los Promocoes un fuerte y junta contra Valdivia. — Ríndelos a los primeros assaltos y dan la paz. — Prudencia militar y política de Valdivia. — Año de 1544 puebla la ciudad de la Serena.—Calidad del sitio. — Encomienda los indios y descubre minas de sal.—Reparte los indios de Maule.—Consuela con la esperanza a los que no da encomiendas.—Envia por mar socorros a la Serena.—Opónesse Pedro de La Hoz al gobierno de Chile.—Dale Valdivia una encomienda y al fin le prende.—Victoria de Malloquete y de diez mil indios.—Corre la tierra Alderete.—Embia a Juan de Abalos con sesenta mil pesos de oro al Perú por socorro. — Pelea con los indios de Quinel y vécelos en tres batallas. — Passó al rio de Andalien y Biobio. — Juntanse todos contra él en Biobio y déxalos burlados.—Hallan los indios el cuartel sin españoles y pelean entre sí.

Con la paz que los valles nombrados dieron, volvió Valdivia a fomentar las minas de Quillota; puso en el fuerte que allí avia hecho a Marcos Veas, persona de valor y buena suerte en la guerra, por capitan y cabo de veinte hombres de guarnicion que amparassen al cacique Tangolongo y a los demas que estaban de paz, y de camino embiasse indios que se fuesen mudando a sacar oro de aquellas ricas minas, con intento de embiar al Perú alguna cantidad y persona que fuesse a traer mas gente para la conquista y para poblar algunas ciudades y fuertes que sirviessen de freno a los indios y los conservasse en la paz y obediencia de su Magestad. Diéronse tan buena maña en labrar las minas,

que en ocho meses sacaron, entre quinientos indios que echó a labrar y labar las minas, sesenta mil pesos de oro, y quando los tubo juntos determinó de volver a embiar otra vez al Maestro de Campo Alonso Monroy, su teniente general, que tan bien lo avia echo la primera vez, y al capitan Juan Baptista Pastene, que le avia traído el primer socorro de gente y ropa por mar, y dándoles la maior parte del oro y las instrucciones necesarias, los despachó y fué haciendo escolta en persona hasta que llegaron a paraje desde donde con seguridad pudieron seguir su camino. Despachó juntamente con ellos un embajador a su Magestad Cesarea con lo restante del oro, presentándole las primicias de las ricas

minas de Chile y dándole cuenta de lo que en su servicio iba obrando con felicidad. El nombre de este caballero y embajador me a parecido callar porque no cumplió con las obligaciones de su sangre, y no quiero yo mancharla con publicar su nombre, ya que él la manchó con hecho tan feo como el que diré despues quando refiera la vuelta de Juan Baptista Pastene en el capitulo siguiente (1).

Hechos estos despachos y teniendo de paz toda la tierra de la vanda del norte desde Santiago a Copiapó, supo Valdivia como los Promocoes, que están a la vanda del sur, avian echo un fuerte y que trataban de juntarse para venir a pelear con él a Santiago y hacer guerra a los indios que le avian dado la paz y dexado las armas. Y considerando, como tan gran soldado, que era mejor salir al enemigo al encuentro que esperarle en cassa ni dexarle pisar sus tierras, salió a correr las suyas con setenta soldados de a caballo, y assaltando con valiente determinacion el fuerte que llamaron del Barbudo, por un indio que avia alli con barbas, le rindieron a los primeros assaltos con muerte de pocos indios, porque luego se dieron las manos cruzadas y quedaron de paz. Con que ocuparon nuestros españoles cuarenta leguas mas de tierra y tubieron a raya la valentia de Cachapoal y los Promocoes, de los quales sacó gente y se ayudó para ir conquistando adelante, haciendo del ladron fiel y guardándose de ellos como de enemigos, que como Valdivia era tan prudente y sagaz, de tal suerte se valia de los nuevos amigos para que le ayudassen a conquistar los demas, que siempre se guardaba dellos y recelaba como de amigos reconciliados, que son enemigos encubiertos; observaba sus costumbres, tanteaba las fuerzas del

enemigo, atendia sus disposiciones, valíasse de buenas espías, pagábalas liberalmente y con el interes sabia todos sus intentos; mostrábase humano con los rendidos e impetuoso con los que le hacian resistencia; cuidaba del buen tratamiento de los indios amigos para conservarlos con el agasajo, y sabiendo que algunos vecinos los maltrataban sobre que cumplieren las tareas en el trabajo de las sementeras y de las minas, puso grande aprieto sobre su alivio y buen tratamiento y ordenes importantes, que si como se comenzaron a guardar se ubiera proseguido, ubiera importado mucho al Reyno para su conservacion y su politico gobierno.

Teniendo el Gobernador Valdivia en tan buena disposicion la tierra, hizo la segunda poblacion en Coquimbo, un ameno valle cerca del mar y del mejor temple que se desconoce en lo descubierto. Embió con veinte y cinco hombres al capitan Juan Boon, el qual fundó la ciudad de la Serena, año de 1544, en treinta grados, donde hizo luego una casa fuerte, con titulo de San Bartolomé de la Serena, por ser Pedro de Valdivia de un pueblo llamado Castuera, cercano a la Serena, en Extremadura. El puerto de Coquimbo es de los buenos del Reyno, seguro de los vientos y muy regalado de pescado; la tierra es rica de minas de oro, plata y cobre, de que se saca grande suma y se lleva al Perú para las fundiciones de la artilleria, campanas y otras muchas obras; es falta de agua y llueve poco, causa de que no se saque oro tanto como pudiera, por faltar el agua para los labaderos. Tiene de termino setenta leguas, tomando por la costa, desde Copiapó hasta Chuapa. Y importó mucho esta ciudad para assegurar los caminos para las levas que venian del Perú por

(1) Este mal caballero fué Antonio de Ulloa, que traicionó villanamente a su protector.

tierra y para facilitar la correspondencia por la mar. Despues de poblada la ciudad repartió Valdivia los indios entre siete pobladores los mas benemeritos, y atendiendo a los grandes servicios del Capitan Francisco de Aguirre le encomendó todo el valle de Copiapó y luego trató de embiar a descubrir unas minas de sal que fueron de grande consuelo y provecho para todo el Reyno por la grande falta que avia de ella.

Quiso gratificar y dar algun premio de los muchos que merecian a los que le avian ayudado a la conquista y pacificado la tierra a costa de su sangre y fatigas, y para que gozassen del fruto de sus trabajos les repartió los indios que avia desde Maule a Santiago conforme alcanzaron, dando a los que no pudieron tocar encomiendas buenas esperanzas, diciéndoles que bien vian que lo conquistado no alcanzaba para todos ni era posible premiar a todos de una vez: que adelante estaba la tierra mas poblada y tenia confianza en Dios de hacer otras muchas ciudades, y que en ellas abria indios para acomodar a todos y dejarlos muy gustosos, que él lo deseaba mas que ellos; que les rogaba que tubiessen paciencia y no se cansassen de esperar, que pues eran hombres de tanto valor y avian vencido tantos enemigos, se venciessen a sí mismos y a sus deseos con el sufrimiento, que la paciencia vence todas las cosas, no peleando sino sufriendo. Viendo los soldados la buena voluntad de su General, las esperanzas que les daba y que no podía mas, quedaron consolados y agradecidos.

En este tiempo acabó un vergantín y le despachó a la nueva ciudad de la Serena, cargado de comida, gallinas y animales de cerda para el sustento de los pobladores y que tuviessen cria de aves y de puercos, y aviendo ordenado al piloto, llamado Luis Hernandez, que volviesse con el vergantín

al puerto de Valparaiso para servirse dél para otros efectos importantes, se hizo con él a la mar y tomando la derrota para el Perú no volvió mas a Chile.

Llegó por este tiempo al Perú Pedro Sanchez de Hoz, rejidor de la ciudad de Toledo, con una cedula del Emperador en que le hacia Gobernador de lo que descubriesse y poblasse en la costa del mar del sur passada la gobernacion del Marques Francisco Pizarro y la que estaba encomendada a Camargo, natural de Truxillo, hermano del Obispo de Placencia. Con esta cedula se opuso al Gobierno de Chile y al descubrimiento que D. Pedro de Valdivia con tanta felicidad y trabajo avia echo, y como el Marques D. Francisco Pizarro le avia puesto de su mano y dado esta conquista en nombre de su Magestad Cesarea y con los poderes que tenia, juzgó que la cedula de su Magestad que traia Pedro Sanchez de la Hoz no se oponia al Gobierno y descubrimiento de Valdivia, ni por ella le debia desposeer de la posesion que juridicamente avia tomado y felizmente conseguido. Y assi le dixo a Pedro Sanchez que fuesse a Chile y ayudasse a Pedro de Valdivia a la conquista, y que lo haria bien con él y de su parte se lo encargaria. Otros quieren decir que el Marques mandó que dividiessen entre los dos el gobierno de Chile y que cada uno tubiesse jurisdiccion conocida; pero esto no consta ni parece verisimil, porque no estando aun echa la conquista mal se podia conocer y dividir la jurisdiccion. Don Pedro de Valdivia le recibió bien con las cartas del Marques y le dió luego un copioso repartimiento de indios y la mejor encomienda en la ciudad de Santiago, y le favoreció siempre, hasta que ubo causas, no sé si tan justas, para ponerle en prision, en que estuvo algunos años. Dexémosle en ella, por no affixirle mas, y no digamos por

ahora lo que resultó, sino prosigamos con las conquistas de Valdivia (1).

A los cinco meses del despacho que hizo al Perú por gente y socorro, con la poca que tenia no dexó de obrar con el valor que antes ni cessó de proseguir sus conquistas y de seguir su buena fortuna y los buenos sucesos con que Dios le favorecia. Y assi armando sesenta caballos passó con ellos los rios de Maule e Itata, a pesar de Malloquete, gran defensor de aquellas tierras y de su natural altivo y brioso, el qual con sus esquadrones tentó por tres vezes las fuerzas a nuestros españoles. Fué la última de mayor perdida, porque saliéndole este enemigo con diez mil indios a estorvar sus intentos e impedirle el passo a sus conquistas, trabaron batalla campal y fueron muertos muchos indios, presos doscientos, los mas caciques y hombres de cuenta, y los demas puestos en huida, quedando heridos de los nuestros diez con doze caballos, y dos de los mejores muertos, que por lo que entonces se estimaban los caballos fué grande perdida, que como dixé valia dos mil pesos uno y no se hallaba.

Con esta victoria embió a Jerónimo de Alderete a correr la nueva tierra, que lo hizo con gran presteza, no parando en ninguna parte, que el Capitan que se mete en tierra enemiga ha de ser rayo que no a de parar sino dar con presteza el golpe y no ser visto. Informóse de las belicosas provincias de Tucapel y Arauco, del cacique Remaulen, preso por su mano, a quien Valdivia dió libertad por obligarle a ser buen amigo con la clemencia y engendrar amor a los españoles en los demas y hacer de enemigos amigos. Con esto dió la vuelta a Santiago, porque venia el invierno, con

el qual avia passado mas de un año que el embajador y los dos capitanes avian ido al Perú y no se sabia de ellos. Estaba por esto con alguna pena y porque por falta de dinero no dejassen de hacer levass en el Perú y traerle socorro y aviar la gente que se hiciesse, ordenó de embiar a Juan de Abalos Xofré, persona noble y de señalados servicios, con mas de sesenta mil pesos de oro (que en aquel año le avian sacado los indios) en un barcon, y con él otras personas, a hacer empleo de mercaderias, para con ellas comenzar a dar trato y comercio a la tierra y que se abasteciese de lo necesario, que no solo en la guerra era excelente y cuidadoso, sino proveido en la paz y atento al aumento de la tierra y al bien de los que en ella vivian. Y assi mismo cuidaba de la conservacion y buen tratamiento de los indios, y de nuevo volvió a encargar que no se les oprimiesse en el trabajo, porque supo que algunos los maltrataban de palabra y obra, siendo el mal tratamiento en los principios tan aspero que no avia mayordomo ni señor que con amenazas y con obras no diesse a sus indios pan con palo; pero despues, con el nuevo modo que impuso, ubo alguna moderacion, y al indio que no queria servir le obligaban con ir con treinta soldados y traerle mal que de grado, con que los tenian sujetos, y sin hacerle mas le hacian que conociesse obediencia.

El verano siguiente salió con sesenta y cuatro bridones y buenas espías y visitó la provincia de Penco, deseoso de reconocer sitio para poblar. En el camino, los soldados, como gente sin paga, le dixeron que en visitando la Concepcion la poblasse o sino que le dexarian, que no gustaban de volver a Santiago a ser huespedes de na-

(1) Estos hechos referentes a Sancho de La Hoz tienen muchas inexactitudes. Solo en estos últimos tiempos ha llegado a descubrirse la verdad en documentos auténticos.—Véase nuestro libro *Relaciones Históricas*.

die. Respondióles como otras veces con tan buenas razones y promesas, que los obligó a callar y animóles a proseguir el viaje y passar adelante con esperanzas de mayores premios, por ser la tierra que les faltaba por conquistar la mas rica y la mas fertil. Passado que ubo con estas esperanzas el rio de Itata, tomó la via de Quinel, tierra entonces muy poblada, y visto que mientras mas al sur era de mas gente, y llegado que fué a Culacura peleó con mucha gente que se juntó alli a beber; desbaratóla por el temor que tenian los indios al tropel de los caballos, jamas de ellos vistos. Aquella misma noche, pensando ganar con él algo, le acometieron otra vez y hallándole muy apercebido le volvieron las espaldas, despues de haberle muerto dos caballos y herido algunos soldados, en retorno de treinta indios que mató y prendió.

Con esta victoria llegó a otro dia a las tierras del cacique Andalien, de quien tomó el nombre el rio Andalien, que mas arriba se llama Puchacai, aunque su nombre propio es Antulien, que quiere decir plata del sol. Y echó sus corredores hasta el famoso rio de Biobio, que los indios llaman Buibui, que significa las olas del mar, por ser este rio tan grande y hacer olas como el mar. Y vistas sus riberas y copiosa poblacion y que desde aquel rio hasta el de Itata, que ay nueve leguas, estaban todas las poblaciones y casas solitarias, sin que pareciesse persona viviente, admirado de la novedad procuró tomar lengua para saber la causa. Y aviendo coxido una vieja, supo de ella como toda la gente estaba junta y conjurada para dar sobre él donde quiera que se alojasse al quarto del alva y degollarle. Valdivia, reconociendo el peligro, aunque nunca le amedrentaban juntas de milla-

res de indios ni sus amenazas, usando en esta ocasion de su industria se alojó en la Concepcion, en el sitio donde fué despues la plaza de la ciudad, y mandando hacer muchos fuegos al rededor del alojamiento, se metió con todos los caballos en medio del quartel, i aviendo estado en arma hasta hora y media de la noche, mandó al rayar de la luna que montassen todos a caballo y se volvió a Santiago, contentándose por esta vez con los buenos sucessos que avia tenido y con aver llegado a conocer hasta Biobio y la Concepcion, para volver despues con mas fuerza a poblarla. Apenas ubo salido dos tiros de mosquete, quando una gran multitud de barbaros dió en el alojamiento con grande algazara, quebrantando la furia en los tizones, que arrojaban por el aire, rabiosos de verse vurlados y de aver perdido tan buena ocasion. Y a la mañana, los capitanes de los indios, que avian aguardado a muchos para pelear, visto que se avian tardado y que por su dilacion y por esperarlos avian dilatado el acometer a los españoles, vinieron en el mismo sitio a palabras y de ellas a las armas y tubieron una gran batalla entre sí, con muertes de muchos de ambas partes. Dieron aviso de esto dos indios pajes de un capitan que estuvieron a la vista encubiertos y se quedaron a buscar una petaquilla de erraje que se les avia olvidado de su amo. Fué recibido en la ciudad de Santiago con mucho aplauso y parabienes de las victorias que avia alcanzado, de que dió muchas gracias a nuestro Señor, y estando cuidadoso de los mensajeros que avia embiado al Perú en dos veces para traer gente y ropa con ciento y veinte mil pesos de oro, al cabo de veinte y dos meses tubo nueva de todos, como se verá en el capitulo siguiente.